

# PRÓLOGO



# JENNA

Algunas personas creían que existía un cementerio de elefantes, un lugar al que los elefantes viejos y enfermos acudían para morir. Se separaban de sus manadas y avanzaban pesadamente a través del polvoriento paisaje, como los titanes de la mitología griega sobre los que leíamos en primero de secundaria. La leyenda sostenía que ese lugar se encontraba en Arabia Saudí; que constituía la fuente de una fuerza sobrenatural; que contenía un libro de encantamientos para propiciar la paz en el mundo.

Los exploradores que iban en busca del cementerio seguían a elefantes moribundos durante semanas, pero comprobaban que habían estado dando vueltas para regresar siempre al punto de partida. Algunos de estos viajeros desaparecían para siempre. Otros no recordaban lo que habían visto, y ninguno de los que afirmaban haber hallado el cementerio era capaz de localizarlo de nuevo.

El motivo es bien simple: el cementerio de elefantes es un mito.

Es verdad que algunos investigadores han hallado grupos de elefantes que habían muerto en la misma zona, a lo largo de un breve espacio de tiempo. Mi madre, Alice, habría dicho que seguro que existía una razón lógica que explicara la existencia de una zona donde había muerto un numeroso grupo de elefantes, que bien habían perecido al mismo tiempo por falta de comida o de agua, o bien habían sido abatidos por cazadores de marfil. Incluso es posible que los fuertes vientos africanos hubieran arrastrado los huesos diseminados, amontonándolos en un mismo lugar. *Jenna*, me habría dicho mi madre, *hay una explicación para todo lo que ves.*

Gran parte de la información sobre elefantes y la muerte no es una fábula sino ciencia pura y dura. Mi madre también me habría dicho eso. Nos habríamos sentado juntas a los pies del gigantesco

roble a cuya sombra le gustaba cobijarse a *Maura*, observando cómo la elefanta cogía bellotas con la trompa y las arrojaba. Mi madre puntuaba cada lanzamiento como un juez olímpico: 8,5..., 7,9. ¡Uy! *Un 10 redondo*.

Yo quizá la habría escuchado. Pero quizás habría cerrado los ojos, tratando de memorizar el olor del aerosol antiinsectos que se desprendía de la piel de mi madre, o la forma en que me trenzaba el pelo con gesto distraído, sujetando el extremo de la trenza con un tallo verde de hierba.

Es posible que yo deseara que existiera realmente un cementerio de elefantes, pero no sólo de elefantes. Porque entonces habría podido encontrarla.

## ALICE

Cuando yo tenía nueve años —antes de hacerme adulta y convertirme en científica— creía saberlo todo, o al menos quería saberlo todo, y por lo que a mí respectaba no había ninguna diferencia entre ambas cosas. A esa edad, estaba obsesionada con los animales. Sabía que un grupo de tigres, por reducido que fuera, constituía una manada. Sabía que los delfines eran carnívoros. Sabía que las jirafas tenían cuatro estómagos y que los músculos de las patas de una langosta eran mil veces más poderosos que el mismo peso de músculo humano. Sabía que los osos polares blancos tenían la piel negra debajo del pelo, y que las medusas carecían de cerebro. Sabía todos esos datos por las tarjetas de animales publicadas mensualmente por Time-Life que me había regalado por mi cumpleaños mi seudopadrastro, quien se había marchado hacía un año y ahora residía en San Francisco con su mejor amigo, Frank, al que mi madre llamaba «la otra» cuando creía que yo no la oía.

Todos los meses llegaban nuevas tarjetas por correo, hasta que un día, en octubre de 1977, llegó la última: la tarjeta sobre elefantes. No sabría decirte por qué eran mis animales favoritos. Quizá fuera por mi habitación, con su gruesa alfombra verde jungla y el papel pintado con unos paquidermos bailando alegremente sobre las paredes. Quizá fuera porque la primera película que vi, de pequeña, fue *Dumbo*. O quizá porque el forro de seda del abrigo de piel de mi madre, que ella había heredado de la suya, estaba confeccionado con un sari indio estampado con elefantes.

Esa tarjeta Time-Life me enseñó la información básica sobre los elefantes. Eran los animales terrestres de mayor tamaño del planeta, algunos pesaban más de seis toneladas. Comían entre ciento cuarenta y ciento ochenta kilos de comida al día. Sus gestaciones duraban más que las de cualquier mamífero terrestre: veintidós meses. Vivían

en manadas reproductoras, encabezadas por una matriarca, a menudo la más vieja del grupo. Ella era la que decidía adónde iba el grupo cada día, cuándo debían descansar, dónde comían y dónde bebían. Las crías de elefantes eran criadas y protegidas por todas sus parientas hembras de la manada, y viajaban con ellas, pero cuando los machos tenían unos trece años, se marchaban, prefiriendo a veces moverse solos y a veces unirse a otro grupo formado únicamente por machos.

Pero esos datos los conocía todo el mundo. Yo, sin embargo, estaba obsesionada con esos animales y profundicé más, tratando de averiguar cuanto pudiera en la biblioteca del colegio y por medio de mis profesores y de los libros. De modo que podría decirte también que los elefantes pueden sufrir quemaduras de sol, motivo por el cual arrojan tierra sobre sus lomos y se revuelcan en el barro. Su pariente vivo más cercano era el damán, un animal diminuto y peludo semejante a una cobaya. Yo sabía que al igual que un bebé humano se chupa el pulgar para tranquilizarse, una cría de elefante a veces se chupa la trompa. Sabía que en 1916, en Erwin, Tennessee, una elefanta llamada *Mary* había sido juzgada y ahorcada por asesinato.

Al echar la vista atrás, estoy segura de que mi madre se cansó de oírme hablar sobre elefantes. Quizá fuera por eso que, un sábado por la mañana, me despertó antes del amanecer y me dijo que íbamos a emprender una aventura. No había ningún parque zoológico cerca de donde vivíamos, en Connecticut, pero en el Forest Park Zoo de Springfield, Massachusetts, había una elefanta de carne y hueso, y nosotras íbamos a verla.

Decir que yo estaba eufórica ante la perspectiva es poco. Asedí a mi madre con chistes sobre elefantes durante horas.

*¿Qué criatura es muy hermosa, de color gris y calza zapatos de cristal? Cenicielefanta.*

*¿Por qué tienen los elefantes tantas arrugas? Porque no caben sobre una tabla de planchar.*

*¿Cómo te bajas de un elefante? No lo haces. Te bajas de un ganso.*

*¿Por qué tienen trompa los elefantes? Porque tendrían un aspecto muy raro si tuvieran una guantera.*

Cuando llegamos al zoológico, eché a correr por los senderos hasta que me detuve ante *Morganetta*, la elefanta.

Que no era en absoluto como me había imaginado.

No se parecía en nada al majestuoso animal que aparecía en mi tarjeta Time-Life, ni en los libros que había estudiado. Para empezar, estaba encadenada a un gigantesco bloque de hormigón en el centro del recinto donde vivía, de modo que no podía alejarse mucho en ninguna dirección. Los grilletes le habían producido llagas en las patas traseras. Era tuerta, y se negaba a mirarme con el ojo que tenía. Yo era tan sólo otra persona que había venido a contemplarla en su prisión.

A mi madre también le impresionó el estado del animal. Habló con un empleado del zoológico, que le informó que *Morganetta* había participado en desfiles locales y había competido contra estudiantes en el juego de tira y afloja en un colegio cercano, pero que en su vejez se había vuelto violenta e imprevisible. Atacaba a visitantes con la trompa si éstos se acercaban demasiado a su jaula. Le había roto la muñeca a uno de sus cuidadores.

Yo me eché a llorar.

Mi madre me llevó de nuevo al coche y emprendimos el trayecto de regreso a casa de cuatro horas, aunque no habíamos estado ni diez minutos en el zoológico.

—¿No podemos ayudarla? —pregunté.

Así fue como, a mis nueve añitos, me convertí en defensora de los elefantes. Después de una visita a la biblioteca, me senté a la mesa de nuestra cocina y escribí al alcalde de Springfield, Massachusetts, pidiéndole que concediera a *Morganetta* más espacio y libertad.

El alcalde no sólo me contestó, sino que envió su respuesta a *The Boston Globe*, que la publicó, y al cabo de unos días un periodista llamó a casa para escribir un artículo sobre la niña de nueve años que había convencido al alcalde para que trasladara a *Morganetta* al recinto de los búfalos, mucho más grande, en el zoológico. A mí me concedieron un galardón especial de Ciudadana Comprometida en una asamblea de mi escuela primaria. Me invitaron a que regresara al zoológico para asistir a la importante inauguración y para que cortara la cinta roja con el alcalde. Los reporteros no cesaban de disparar sus flashes, cegándome, mientras *Morganetta* se movía a nuestras espaldas. Esta vez, me miró con su ojo

sano. Y comprendí, con toda certeza, que seguía sintiéndose desdichada. Las cosas que le habían sucedido —las cadenas y los grilletes, la jaula y las palizas, quizás incluso el recuerdo del momento en que la habían sacado de África— seguían estando presentes en el recinto de los búfalos, llenando todo el espacio adicional que le habían concedido.

En honor a la verdad, debo decir que el alcalde Dimauro trató de hacerle la vida más agradable a *Morganetta*. En 1979, a raíz de la muerte del oso polar que residía en Forest Park, el zoológico cerró y *Morganetta* fue trasladada al de Los Ángeles. Su hogar allí era mucho más grande. Tenía una piscina, juguetes y la compañía de dos elefantes de edad avanzada.

De haber sabido entonces lo que ahora sé, le habría dicho al alcalde que el hecho de colocar juntos a unos elefantes no significa que se harán amigos. Los elefantes tienen unas personalidades tan singulares como los humanos, y del mismo modo que no daríamos por sentado que dos seres humanos elegidos al azar se harán íntimos amigos, no tenemos por qué suponer que dos elefantes se harán amigos por el mero hecho de ser elefantes. *Morganetta* siguió hundiéndose en la depresión, perdiendo peso y salud. Aproximadamente un año después de haber llegado al zoológico de Los Ángeles, la encontraron muerta en el fondo de la piscina del recinto.

La moraleja de esta historia es que a veces, por más que tratemos de remediar algo, nuestros esfuerzos son tan baldíos como tratar de contener la marea con un colador.

La moraleja de esta historia es que, por más que lo intentemos, por más que lo deseemos..., algunas historias no tienen un final feliz.



## PRIMERA PARTE

¿Cómo explicar mi heroica reverencia? Me siento como si un niño travieso hubiera inflado mi cuerpo.

Antaño yo era del tamaño de un halcón, de un león, antaño no era el elefante que soy ahora.

Me cuelga el pellejo, y mi amo me regaña cuando un número no me sale bien. Estuve toda la noche ensayando

en mi carpa, por lo que estaba medio dormido. La gente me asocia con la tristeza y, a veces, con la

racionalidad. Randall Jarrell me comparó con Wallace Stevens, el poeta estadounidense. Lo veo en los complejos tercetos,

pero creo que me parezco más a Eliot, un hombre de Europa, un hombre culto. Cualquiera que sea tan ceremonioso sufre

crisis. Me disgustan los espectaculares experimentos de equilibrio, el número en la cuerda floja y los conos.

Los elefantes somos imágenes de humildad, como cuando emprendemos nuestras melancólicas migraciones para morir.

¿Sabías que a los elefantes nos enseñaron a escribir el alfabeto griego con nuestros cascos?

Cansados de sufrir, nos tumbamos sobre nuestro gigantesco lomo, lanzando hierba al cielo, a modo de distracción, no como una oración.

No es humildad lo que ves en nuestro largo y último viaje: es procrastinación. Mi pesado cuerpo me duele cuando me tumbo.

DAN CHIASSON, «El elefante».



# JENNA

En lo tocante a la memoria, soy una profesional. Puede que sólo tenga trece años, pero he estudiado el tema como otras niñas de mi edad devoran revistas de moda. Existe el tipo de memoria que tienes con respecto al mundo, como saber que las estufas se calientan y que si no te pones zapatos cuando sales en invierno, los pies se te helarán. Existe el tipo de memoria que adquieres a través de los sentidos, como por ejemplo que si miras el sol entrecierras los ojos y que los gusanos no son el bocado más apetecible. Existen las fechas que recuerdas de la clase de historia y que repescas durante los exámenes finales, porque son importantes (según me han dicho) en el esquema global del universo. Y existen los detalles personales que recuerdas, como los picos en el gráfico de tu vida, que a la única persona que le importan es a ti. El año pasado en el colegio mi profesora de ciencias me dejó que hiciera un estudio independiente sobre la memoria. La mayoría de mis profesores me permiten hacer estudios independientes, porque saben que en clase me aburro y, francamente, creo que temen que sepa más que ellos aunque no quieran reconocerlo.

Mi primer recuerdo tiene los bordes blancos, como una foto tomada con un flash demasiado potente. Mi madre sostiene un palito con algodón de azúcar. Mi madre se lleva el dedo a los labios —*Éste es nuestro secreto*— y arranca un pedacito. Cuando me lo acerca a los labios, el azúcar se disuelve. Enrosco la lengua alrededor de su dedo y lo chupo con fuerza. *Iswidi*, dice mi madre. *Dulce*. Esto no es mi biberón, no conozco ese sabor, pero está muy rico. Mi madre se inclina sobre mí y me besa en la frente. *Uswidi*, dice. *Dulce amorcito*.

Yo no debo de tener más de nueve meses.

Esto es bastante asombroso, porque los primeros recuerdos de

la mayoría de los niños son de cuando tenían entre dos y cinco años. Lo cual no significa que los bebés sean unos pequeños amnésicos: tienen recuerdos de mucho antes de que aprendan a hablar, pero, curiosamente, no pueden acceder a ellos cuando empiezan a hablar. Puede que el motivo de que yo recuerde el episodio del algodón de azúcar sea porque mi madre hablaba el xosa, que no es nuestro idioma sino una lengua que aprendió cuando trabajaba en su doctorado en Sudáfrica. O quizás el motivo de que yo tenga una memoria de acceso aleatorio sea una compensación de mi cerebro, porque no recuerdo lo que anhelo recordar con desesperación: los detalles de la noche en que desapareció mi madre.

Mi madre era una científica, y durante cierto tiempo estudió la memoria. Formaba parte de su trabajo sobre el estrés postraumático y los elefantes. ¿Conoces el viejo dicho de que los elefantes nunca olvidan? Bueno, pues es verdad. Si quieres una prueba, podría facilitarte todos los datos que recopiló mi madre. Los he memorizado prácticamente todos. Sus hallazgos oficiales que publicó decían que la memoria está vinculada a una emoción muy fuerte, y que los momentos negativos son como garabatos escritos con un rotulador indeleble en la pared del cerebro. Pero existe una línea muy delgada entre un momento negativo y uno traumático. Los momentos negativos son recordados. Los traumáticos son olvidados, o están tan desvirtuados que resultan irreconocibles, o se convierten en la inmensa laguna en blanco que tengo en la cabeza cuando trato de recordar esa noche.

Esto es lo que sé:

1. Yo tenía tres años.
2. Encontraron a mi madre en los terrenos de la reserva, inconsciente, aproximadamente a un kilómetro y medio al sur de un cadáver. Esto era lo que decían los informes policiales. Trasladaron a mi madre a un hospital.
3. Yo no figuro en los informes policiales. Más tarde, mi abuela me llevó a vivir a su casa, porque mi padre no conseguía superar el trauma de la muerte de una cuidadora de las

elefantas y una esposa que estaba inconsciente debido al golpe que había recibido.

4. Antes del amanecer, mi madre recobró el conocimiento y desapareció del hospital sin que ningún empleado la viera marcharse.

5. Jamás volví a verla.

A veces imagino mi vida como dos vagones de tren unidos en el momento de la desaparición de mi madre, pero cuando trato de averiguar de qué forma están conectados se produce un ruido chirriante en la vía que me deja grogui. Sé que yo era una niña con el pelo rubio rojizo, que correteaba por todas partes como un animalito salvaje mientras mi madre no dejaba de tomar notas sobre las elefantas. Ahora soy una chica demasiado seria para su edad y demasiado inteligente para su bien. Sin embargo, pese a mis impresionantes conocimientos sobre estadísticas científicas, soy un desastre en lo tocante a hechos referentes a la vida real, como saber que Wanelo es una página web y no una nueva banda musical. Si segundo de secundaria es un microcosmo de la jerarquía social del adolescente humano (y para mi madre sin duda lo sería), poder recitar las cincuenta manadas de elefantas identificadas en el Tuli Block de Botsuana no puede compararse con identificar a los miembros de One Direction.

No es que yo no encaje en la escuela por ser la única niña que no tiene madre. Hay muchas niñas que no tienen padres, y niñas que no hablan de sus padres, o niñas cuyos padres viven ahora con otros cónyuges y otros hijos. Pero la verdad es que no tengo amigas en el colegio. Me siento a un extremo de la mesa del comedor, y como lo que mi abuela me ha puesto en la mochila, mientras las niñas guay —que se hacen llamar nada menos que Carámbanos—, comentan que cuando sean mayores trabajarán para OPI y se inventan nombres de laca de uñas basadas en películas famosas: Los caballeros lo prefieren magenta; Algunos hombres fucsias... Yo trato de intervenir en la conversación un par de veces, pero cuando lo hago, me miran como si apestara, arrugan la nariz y siguen

charlando entre ellas. Pero no creas que me duele que no me hagan caso. Supongo que tengo cosas más importantes en la cabeza.

Los recuerdos de la otra cara de la desaparición de mi madre son también confusos. Puedo hablarte de mi nueva habitación en casa de mi abuela, en la que había una cama para una niña mayor, la primera que tuve. En la mesilla de noche había una pequeña cesta de mimbre que contenía, inexplicablemente, unos sobrecitos rosas de Sweet'N Low, un edulcorante, aunque no había una cafetera eléctrica. Cada noche, incluso antes de que aprendiera a contar, echaba un vistazo a la cesta para asegurarme de que seguían todos allí. Aún lo hago.

Puedo hablarte de cuando visitaba a mi padre, al principio. Las habitaciones en Hartwick House olían a amoníaco y a pipí, e incluso cuando mi abuela insistía en que hablara con él y yo me subía a la cama, temblando ante la idea de estar tan cerca de alguien a quien reconocía pero a quien no conocía en absoluto, él no se movía ni decía una palabra. Puedo describir cómo se le saltaban las lágrimas como si se tratara de un fenómeno natural y previsible, como cuando se forman gotas de vaho en una lata de refresco en un día caluroso.

Recuerdo las pesadillas que yo tenía, que en realidad no eran pesadillas, sino que me despertaba de un sueño profundo debido a los sonoros barritos de *Maura*. Incluso cuando mi abuela entraba apresuradamente en mi habitación y me explicaba que las elefantas matriarcas vivían ahora a centenares de kilómetros, en una nueva reserva en Tennessee, yo tenía la persistente sensación de que *Maura* trataba de decirme algo, y que de haber hablado su lengua tan bien como mi madre, la habría entendido.

Lo único que me queda de mi madre son sus trabajos de investigación. Los releo una y otra vez porque sé que un día las palabras se reordenarán en una página para indicarme dónde se encuentra. Ella me enseñó, incluso en su ausencia, que toda ciencia rigurosa empieza con una hipótesis, que no es sino una intuición envuelta en una complicada jerga. Ésta es mi corazonada: mi madre jamás me habría abandonado voluntariamente.

Y voy a demostrarlo, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Cuando me despierto, *Gertie* está tumbada sobre mis pies, como una gigantesca manta perruna. Se mueve nerviosa, persiguiendo algo que sólo ve en sueños.

Sé lo que eso significa.

Trato de levantarme de la cama sin despertarla, pero la perra se incorpora de un salto y se pone a ladrar a la puerta cerrada de mi habitación.

—Tranquila —le digo, hundiendo los dedos en el espeso pelaje de su cuello. Ella me lame la mejilla pero no se tranquiliza. Tiene los ojos clavados en la puerta de la habitación, como si pudiera ver lo que hay al otro lado.

Lo cual, teniendo en cuenta lo que he planeado para hoy, resulta bastante irónico.

*Gertie* salta de la cama, meneando la cola y golpeando con ella la pared. Abro la puerta y la perra baja corriendo la escalera, para que mi abuela la saque afuera y le dé de comer y empiece a prepararme el desayuno.

*Gertie* vino a casa de mi abuela un año después que yo. Antes había vivido en la reserva y era muy amiga de una elefanta llamada *Syrab*. Pasaba todos los días con ella; y cuando la perra enfermó *Syrab* no se separó de su lado, acariciando su cuerpo suavemente con la trompa. No era la primera historia de una estrecha amistad entre un perro y un elefante, pero fue una historia legendaria, recogida en libros infantiles y difundida en los informativos. Un famoso fotógrafo incluso tomó unas fotografías para un calendario sobre amistades insólitas entre animales, y convirtió a *Gertie* en Miss Julio. Cuando la reserva cerró y enviaron a *Syrab* a otro lugar, *Gertie* se quedó tan abandonada como yo. Durante meses, nadie sabía qué había sido de ella. Y un buen día, cuando sonó el timbre de la puerta y mi abuela fue a abrir, un funcionario de la protectora de animales le preguntó si conocía a esa perra, a la que habían encontrado en nuestro barrio. Aún llevaba puesto el collar, con su nombre grabado. *Gertie* estaba en los huesos y cubierta de picaduras de pulgas, pero empezó a lamerme la cara. Mi abuela dejó que se quedara, seguramente porque pensó que me ayudaría a aclimatarme a mi nuevo hogar.

Para ser sincera, debo decir que no dio resultado. Siempre fui una niña solitaria, y nunca me sentí integrada aquí. Soy como esas

mujeres que leen a Jane Austen de forma obsesiva confiando en que el día menos pensado aparezca el señor Darcy. O como los que gustan de recrear la c.a. guerra de secesión, que se increpan unos a otros en campos de batalla convertidos en estadios de béisbol y bancos de parques. Soy la princesa en una torre de marfil, salvo que cada ladrillo está hecho de historia y yo misma he construido esta prisión.

En el colegio tenía una amiga, que parecía entender mi situación. Chatham Clarke era la única persona a la que le hablé de mi madre y mi propósito de dar con ella. Chatham vivía con su tía, porque su madre era drogadicta y estaba en la cárcel; y no conocía a su padre. «Es admirable —me dijo Chatham— las ganas que tienes de ver a tu madre.» Cuando le pregunté a qué venía eso, me contó que un día su tía la había llevado a la prisión donde cumplía condena su madre; le había puesto un vestido de volantes y unos zapatos negros que relucían como espejos. Pero su madre era una persona gris y apática, con los ojos apagados y la dentadura podrida debido a la metadona, y Chatham me explicó que aunque su madre le dijo que deseaba abrazarla, ella nunca se había alegrado tanto de algo como de ese muro de plástico que las separaba en el cubículo de visitas. No volvió a poner los pies allí.

Chatham era útil en muchos aspectos; me acompañó a comprarme mi primer sujetador, porque a mi abuela no se le había ocurrido cubrir unos pechos inexistentes y (como decía Chatham) ninguna chica de más de diez años que tuvieras que cambiarse en el vestuario de un colegio debía enseñar las «domingas». Me pasaba notas en clase de inglés, unos burdos dibujos con palotes de nuestra profesora, que se echaba demasiada loción autobronceadora y olía a gatos. Me tomaba del brazo cuando caminábamos por los pasillos del colegio, y como te dirá cualquier científico que estudia los animales salvajes, cuando de sobrevivir se trata en un entorno hostil, más vale estar acompañado que solo.

Una mañana Chatham dejó de venir a la escuela. Cuando llamé a su casa, no contestó nadie. Cuando me acerqué allí en mi bici me encontré un letrero que decía EN VENTA. Me pareció increíble que Chatham se hubiera marchado sin decir nada, y más sabiendo lo afectada que estaba yo por la desaparición de mi madre, pero al cabo de dos semanas sin saber nada de ella, me costó



defenderla ante mí misma. Cuando empecé a dejar de hacer los deberes y a suspender los exámenes, lo cual era impropio en mí, la orientadora del colegio me llamó a su despacho. La señora Sugarman tenía mil años y unos títeres en su despacho, deduzco que para que las niñas que estaban demasiado traumatizadas para pronunciar la palabra «vagina» pudieran montar un numerito con los títeres y mostrar dónde las habían tocado indecorosamente. En cualquier caso, no creo que la señora Sugarman pudiera aconsejarme en ningún sentido, y menos ayudarme a superar el dolor de una amistad rota. Cuando me preguntó qué pensaba que le había ocurrido a Chatham, respondí que suponía que la habían raptado. Que Me Había Abandonado.

No sería la primera vez.

La señora Sugarman no volvió a llamarme a su despacho, y si antes en el colegio todo el mundo me había tomado por un bicho raro, a partir de entonces pensaron que estaba loca de atar.

A mi abuela le extrañó la desaparición de Chatham. «¿Sin decirte nada? —me preguntó un día a la hora de cenar—. Ésa no es forma de comportarse con una amiga.» Yo no sabía cómo explicarle que durante el tiempo en que Chatham había sido mi compinche, yo había previsto que esto podía suceder. Cuando alguien te abandona, siempre piensas que puede volver a ocurrir. Al cabo del tiempo dejas de intimar con las personas para que no se conviertan en importantes para ti, porque así no te das cuenta cuando desaparecen de tu mundo. Sé que suena muy deprimente viniendo de una niña de trece años, pero es preferible a tener que reconocer que el denominador común debes ser tú.

Quizá no pueda modificar mi futuro, pero estoy decidida a tratar de descifrar mi pasado.

De modo que he ideado un ritual matutino. Algunas personas beben café y leen el periódico; otras miran su Facebook; y otras se planchan el pelo o hacen cien abdominales. Yo me visto y luego me siento delante de mi ordenador. Paso mucho tiempo navegando por Internet, principalmente por [www.NamUs.gov](http://www.NamUs.gov), la página web oficial del Departamento de Justicia sobre personas desaparecidas y no identificadas. Consulto rápidamente la base de datos de Personas no identificadas, para comprobar si algún médico forense ha

subido nueva información sobre una mujer no identificada que han hallado muerta. Luego consulto la base de datos de Personas no reclamadas, por si han añadido algún nombre a la lista de personas que han muerto sin parientes cercanos. Por último, entro en la base de datos de Personas desaparecidas y voy directamente a la información sobre mi madre.

*Situación: Desaparecida*

*Primer nombre de pila: Alice*

*Segundo nombre de pila: Kingston*

*Apellido: Metcalf*

*Apodo / Alias: Ninguno*

*Fecha en que fue vista con vida por última vez: 16 de julio de 2004, a las 11.45 de la noche*

*Edad cuando fue vista con vida por última vez: 36 años*

*Edad en la actualidad: 46 años*

*Raza: Blanca*

*Sexo: Mujer*

*Estatura: Un metro sesenta y seis centímetros*

*Peso: Cincuenta y seis kilos, setecientos gramos*

*Ciudad: Boone*

*Estado: Nueva Hampshire*

*Circunstancias: Alice Metcalf era una naturalista e investigadora en la Reserva de Elefantes de Nueva Inglaterra. Fue hallada inconsciente el 16 de julio de 2004, aproximadamente a las diez de la noche, a un kilómetro y medio al sur de donde se encontraba el cadáver de una empleada de la reserva que había sido pisoteada por una elefanta. Después de ser ingresada en el Mercy United Hospital en Boone Heights, Nueva Hampshire, Alice recobró el conocimiento aproximadamente a las once de la noche. Fue vista por última vez por una enfermera que le tomó sus constantes vitales a las once cuarenta y cinco de la noche.*

No ha cambiado absolutamente nada en el perfil. Lo sé porque lo he escrito yo.

Hay otra página sobre el color del cabello de mi madre (era pelirroja) y el color de los ojos (verde), sobre si tenía alguna cicatriz o defecto físico o tatuaje o prótesis que pudiera servir para identificarla (no). Hay una página referente a la ropa que llevaba cuando

desapareció, pero eso lo he dejado en blanco porque lo ignoro. Hay una página en blanco sobre posibles métodos de transporte, otra sobre sus datos dentales y otra sobre una muestra de su ADN. También hay una fotografía de ella, que escaneé de la única foto suya que hay en casa que mi abuela no haya guardado en el desván, un primer plano de mi madre sosteniéndome en brazos, delante de *Maura*, la elefanta.

También hay una página para los contactos policiales. Uno de ellos, Donny Boylan, está jubilado, se ha mudado a Florida y padece la enfermedad de Alzheimer (te asombraría lo que puedes averiguar en Google). El otro, Virgil Stanhope, figura en un boletín de la policía por haber sido ascendido a detective durante una ceremonia celebrada el 13 de octubre de 2004. Sé, por mis pesquisas digitales, que ya no trabaja en el Departamento de Policía de Boone. Aparte de eso, parece haber desaparecido de la faz de la Tierra.

No es un hecho tan insólito como puedas creer.

Hay familias enteras cuyos hogares fueron abandonados con el televisor encendido, la tetera hirviendo y juguetes diseminados por el suelo; familias cuyas camionetas fueron halladas en aparcamientos desiertos o en el fondo de un lago en la vecindad, y sin embargo jamás encontraron sus cadáveres. Hay jóvenes universitarias que desaparecieron después de dar a un extraño su número de teléfono anotado en la servilleta de un bar. Hay abuelos que fueron a dar un paseo por el bosque y nadie ha vuelto a verlos. Hay bebés a quienes sus padres besan al acostarlos y desaparecen de sus cunas antes del amanecer. Hay madres que hacen la lista de la compra, se montan en el coche y no regresan jamás del supermercado.

—¡Jenna! —La voz de mi abuela me interrumpe—. ¡Esto no es un restaurante!

Cierro el ordenador y salgo de mi habitación. Pero retrocedo sobre mis pasos, abro el cajón de mi ropa interior y saco un delicado fular azul que está al fondo. No pega con mis shorts vaqueros y mi camiseta, pero me lo pongo alrededor del cuello, bajo apresuradamente la escalera y me siento en un taburete frente a la encimera.

—Como si no tuviera otra cosa que hacer que estar pendiente

de ti todo el día... —dice mi abuela, de espaldas a mí mientras da la vuelta a una tortita en la sartén.

Mi abuela no es la típica abuela que vemos en televisión, una beatífica ancianita con el pelo blanco. Trabaja como controladora de estacionamientos en la oficina local de aparcamientos públicos, y puedo contar con los dedos de una mano las veces que la he visto sonreír.

Me gustaría hablar con ella sobre mi madre. A fin de cuentas ella tiene todos los recuerdos que yo no tengo, porque vivió con mi madre durante dieciocho años, mientras que yo sólo viví tres. Me gustaría tener el tipo de abuela que me enseñara fotografías de mi madre ausente cuando yo era pequeña, o que le preparara un pastel para su cumpleaños, en lugar de animarme a que encerrara mis sentimientos en una cajita.

Eso no significa que no la quiera. Viene a oírme cantar en los conciertos del coro de la escuela, y me prepara comida vegetariana aunque a ella le gusta la carne; me deja ver películas para mayores de dieciocho años porque dice que no hay nada en ellas que no veré en los pasillos del instituto entre clase y clase. Quiero mucho a mi abuela. Pero no es mi madre.

La mentira que he contado hoy a mi abuela es que voy a hacer de canguro para el hijo de uno de mis profesores favoritos, el señor Allen, que me daba clase de matemáticas en primero de secundaria. El niño se llama Carter, pero yo lo llamo Anticonceptivo, porque es el mejor argumento contra la procreación. Es el bebé menos atractivo que he visto jamás. Tiene un cabezón enorme, y cuando me mira, estoy segura de que me lee el pensamiento.

Mi abuela se vuelve, sosteniendo la tortita en una espátula, y se queda de piedra al ver el fular que llevo alrededor del cuello. Es verdad que no pega ni con cola con mi atuendo, pero ése no es el motivo por el que mi abuela frunce los labios. Menea la cabeza en un silencioso gesto de reproche y echa la tortita en mi plato, golpeándolo con la espátula.

—Me apetecía ponerme este accesorio —miento.

A mi abuela no le gusta hablar de mi madre. Si yo me siento vacía por dentro porque desapareció, mi abuela está llena a reventar de ira. No perdona a mi madre por haberse marchado —supo-

niendo que fue eso lo que sucedió—, y no acepta la alternativa, que no regresará nunca porque ha muerto.

—Carter —dice mi abuela, cambiando hábilmente de tema—. ¿El crío que parece una berenjena?

—No todo él. Sólo su frente —aclaro—. La última vez que le hice de canguro se pasó tres horas berreando.

—Llévate taponos para los oídos —me aconseja mi abuela—. ¿Vendrás a cenar?

—No lo sé. Pero nos veremos más tarde.

Le digo esto cada vez que se marcha. Se lo digo porque es lo que necesitamos escuchar las dos. Mi abuela deja la sartén en el fregadero y coge su bolso.

—No olvides sacar a *Gertie* antes de irte —me dice, procurando no mirar el fular de mi madre cuando pasa junto a mí.

Empecé a buscar afanosamente a mi madre a los once años. Antes, la echaba de menos pero no sabía qué hacer al respecto. Mi abuela no quería hablar del tema, y mi padre nunca había denunciado —que yo supiera— la desaparición de mi madre porque cuando sucedió él estaba ingresado en un centro psiquiátrico en estado catatónico. Yo traté de hablar varias veces con él del tema, pero dado que desencadenaba una nueva crisis, dejé de hacerlo.

Un día, en la consulta del dentista, leí un artículo en la revista *People* sobre un niño de dieciséis años que había logrado que la policía reabriera el caso del asesinato de su madre, que no estaba resuelto, y que el asesino fuera juzgado y condenado. Empecé a pensar que lo que me faltaba en dinero y recursos podía suplirlo con mi determinación, y esa misma tarde decidí intentarlo. Yo sabía que mis pesquisas podían ser inútiles, pero lo cierto era que nadie había logrado encontrar a mi madre. Claro está que nadie se lo había propuesto con tanto ahínco como yo.

En general, las personas a las que me dirigí me despachaban sin más contemplaciones o se compadecían de mí. El departamento de policía de Boone se negó a ayudarme, porque (a) yo era una menor que trabajaba sin el consentimiento de mi tutora; (b) el caso de mi madre estaba cerrado por falta de pruebas diez años después de su

desaparición; y (c) por lo que a ellos respectaba, el asesinato citado más arriba había quedado resuelto, considerándolo una muerte por accidente. La Reserva de Elefantes de Nueva Inglaterra se había disuelto, y la única persona que podía facilitarme más detalles sobre la muerte de la cuidadora —esto es, mi padre— ni siquiera era capaz de decirme su nombre ni qué hora era, y menos contarme los pormenores del incidente que había provocado su brote psicótico.

Así que decidí ocuparme yo misma del asunto. Traté de contratar a un detective privado pero no tardé en averiguar que no trabajaban gratis en ciertos casos, como algunos abogados. Entonces empecé a hacer de canguro para los hijos de mis profesores, con el propósito de ahorrar el dinero suficiente al final del verano para conseguir que alguien se interesara en el caso. Luego decidí convertirme en mi propia (y mejor) investigadora.

Prácticamente todos los portales en Internet para buscar a personas desaparecidas cuestan dinero y requieren una tarjeta de crédito, y yo no tenía ni lo uno ni lo otro. Pero adquirí un libro titulado *¿De modo que quieres ser un investigador privado?* en una subasta de objetos de segunda mano con fines benéficos organizada por una iglesia, y me pasé varios días memorizando la información contenida en un capítulo: «Cómo encontrar a quienes se han perdido».

Según el libro, existen dos tipos de personas desaparecidas:

1. Personas que en realidad no han desaparecido sino que tienen una vida y unos amigos entre los que no te incluyes tú. Esta categoría comprende a exnovios y la compañera de cuarto en la universidad a los que has perdido el rastro.
2. Personas que en realidad no han desaparecido pero no quieren que las localicen. Por ejemplo, padres que no pasan la pensión a sus exesposas y testigos en juicios contra la mafia.
3. Todas las demás. Como fugitivos y niños, cuyas fotos son difundidas en tetrabriks de leche, que han sido secuestrados por psicópatas en furgonetas de color blanco sin ventanas.

El motivo de que investigadores privados logren encontrar a alguien reside en que mucha gente sabe exactamente dónde está esa persona desaparecida. El problema es que tú no eres una de ellas. De modo que tienes que dar con alguien que lo sea.

Las personas que desaparecen tienen sus razones para hacerlo. Quizás hayan cometido un fraude contra su compañía de seguros o se ocultan de la policía. Quizás hayan decidido comenzar de cero. Quizás estén endeudadas hasta las cejas. Quizás escondan un secreto que no quieren que nadie averigüe. Según el libro *¿De modo que quieres ser un investigador privado?*, la primera pregunta que debes hacerte es: ¿desea esa persona que la encuentren?

Reconozco que no sé si quiero oír la respuesta a esa pregunta. Si mi madre se marchó de forma voluntaria, quizá bastaría con que supiera que sigo buscándola —que supiera que, al cabo de una década, no la he olvidado— para que regresara junto a mí. A veces pienso que me resultaría más fácil averiguar si mi madre murió hace diez años que si está sana y salva y no quiere volver.

El libro decía que localizar a personas que han desaparecido es como hacer un crucigrama. Dispones de todas las pistas, y tratas de descifrarlas para resolver el problema. La recopilación de datos es el arma del investigador privado, y los datos son tus amigos. Nombre, fecha de nacimiento, número de la Seguridad Social, amigos, conocidos y parientes. Estudios, fechas del servicio militar, historial ocupacional. Cuanto más lejos lances tu red, más probabilidades tienes de pescar a alguien que mantuvo una conversación con la persona desaparecida sobre adónde quería ir de vacaciones, o cuál era el trabajo de sus sueños.

¿Qué haces con estos datos? Bueno, empiezas utilizándolos para descartar cosas. La primera búsqueda que hice en Internet, a los once años, fue entrar en la base de datos del Registro de Muertes de la Seguridad Social y buscar el nombre de mi madre.

Comprobé que no figuraba como difunta, pero eso no me indicaba lo suficiente. Podía estar viva, o podía vivir bajo otra identidad. Podía estar viva y no identificada, ser una mujer anónima.

Tampoco figuraba en Facebook, Twitter, Classmates.com o la red de alumnas de Vassar, su universidad. Por otra parte, mi madre

estaba siempre tan atareada con su trabajo y sus elefantas, que imagino que no tenía mucho tiempo para esas distracciones.

En las guías telefónicas online encontré a trescientas sesenta y siete Alice Metcalfs. Cada semana llamaba a dos o tres, para que a mi abuela no le diera un patatús cuando viera el coste de las llamadas de larga distancia en la factura del teléfono. Dejaba un montón de mensajes. Había una anciana encantadora en Montana que quería rezar por mi madre, y otra mujer que trabajaba como productora en una nueva emisora informativa en Los Ángeles que me prometió presentar el tema a su jefe como una historia de interés humano, pero ninguna de las personas a las que llamé era mi madre.

El libro ofrecía otros consejos: consultar las bases de datos de prisiones, registros de marcas comerciales, incluso los archivos de la genealogía de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Cuando busqué en estos sitios, no obtuve ningún resultado. Cuando busqué «Alice Metcalf» en Google, obtuve demasiados, más de un millón seiscientos mil. De modo que limité mi búsqueda a «Alice Kingston Metcalf Duelo en los Elefantes», y obtuve un listado de todas sus investigaciones científicas, la mayoría de las cuales había realizado antes de 2004.

En la página decimosexta de mi búsqueda en Google, sin embargo, había un artículo en un blog de psicología online sobre el duelo en los animales. Después de leer los tres primeros párrafos, hallé una cita de Alice Metcalf que decía: «Es egoísta pensar que los seres humanos tenemos el monopolio del dolor. Existen numerosas pruebas que indican que los elefantes sufren por la muerte de un ser querido». Era una cita breve, muy corriente en muchos aspectos, algo que mi madre había dicho centenares de veces en otras revistas y publicaciones científicas.

Pero esta entrada en el blog estaba fechada en 2006.

Dos años después de que mi madre hubiera desaparecido.

Aunque llevo un año buscando en Internet, no he encontrado aún prueba alguna de la existencia de ella. No sé si la fecha del artículo online era una errata, si la cita correspondía a una fecha anterior o si mi madre —que todo indica que estaba viva en 2006— sigue viva.

Sólo sé que encontré ese artículo, lo cual es un pimer paso.



A fin de no dejar piedra por remover, no he restringido mi búsqueda a los consejos que ofrece *¿De modo que quieres ser un investigador privado?* He colgado los datos de mi madre en Listservs. En cierta ocasión, durante un carnaval, me ofrecí como conejillo de Indias para un hipnotista frente a una multitud que devoraba perritos calientes y aros de cebollas, confiando en que éste liberara los recuerdos que estaban atrapados en mi interior, pero lo único que me dijo el hipnotista fue que en una vida anterior yo había sido una fregona en el palacio de un duque. Asistí a un seminario gratuito en la biblioteca sobre la lucidez de los sueños, pensando que podría transferir algunas de esas técnicas a mi mente, empecinadamente cerrada, pero resultó que aconsejaban que escribieras tus sueños en un diario y poco más.

Hoy, por primera vez, voy a consultar a una vidente.

Hay varias razones por las que no lo había hecho hasta ahora. En primer lugar, no tenía dinero suficiente. Segundo, no tenía ni idea de dónde encontrar un vidente de confianza. Tercero, no era un recurso muy científico, y si mi madre, in absentia, me había enseñado algo, era a confiar en los hechos y los datos puros y duros. Pero hace dos días, mientras revisaba los diarios de mi madre, de uno de ellos cayó un punto de libro.

En realidad no era un punto de libro. Era un dólar, con una figura de papiroflexia en forma de elefante.

De pronto, recordé a mi madre con sus manos volando sobre el billete de dólar, doblándolo, girándolo y doblándolo de nuevo, hasta que dejé de berrear y miré, como hipnotizada, el diminuto juguete que ella me había confeccionado.

Toqué el pequeño elefante como temiendo que se evaporara en una nube de humo. Entonces mis ojos se posaron en la página abierta del diario, un párrafo que de golpe destacaba como si estuviera escrito con letras de neón:

Mis colegas siempre me miran extrañados cuando les digo que los mejores científicos entienden que un dos o un tres por ciento de lo que estudian no es cuantificable; puede tratarse de magia, de alienígenas o de unas variantes aleatorias, nada de lo cual cabe descartar. Si queremos ser

honestos como científicos, debemos reconocer que hay algunas cosas que no podemos comprender.

Yo interpreté eso como una señal.

Cualquier otra persona hubiera preferido contemplar una obra de arte doblada que la hoja de papel original, pero yo no. Yo tenía que empezar desde el principio. De modo que pasé horas desdoblado con cuidado la obra de mi madre, fingiendo que aún sentía el calor de sus dedos sobre el billete de dólar. Procedí paso a paso, como si llevara a cabo una operación quirúrgica, hasta que aprendí a doblar de nuevo el dólar como ella; hasta que tuve una pequeña manada de seis diminutos y flamantes elefantes verdes marchando sobre mi mesa. Seguí practicando todo el día, para asegurarme de que no había olvidado cómo hacerlo, y cada vez que lo lograba sentía una profunda satisfacción. Esa noche me dormí imaginando un momento dramático, al estilo de «la película de la semana», cuando hallaba por fin a mi madre desaparecida y ella no sabía quién era yo, hasta que confeccioné un elefante con un billete de dólar ante sus ojos. Entonces me abrazó. Y ya no me soltó.

Es increíble la cantidad de videntes que figuran en las páginas amarillas locales. Espíritus guía de la New Age, Consejos paranormales de Laurel, Sacerdotisa pagana lee el tarot, Lecturas por Kate Kimmel, Renace El Fénix: consejos sobre amor, riqueza, prosperidad.

Visiones clarividentes por Serenity, Cumberland Street, Boone.

Serenity no tenía un anuncio muy grande, un número de teléfono al que podías llamar gratuitamente o un apellido, pero su consulta estaba a poca distancia en bicicleta de mi casa, y era la única que prometía hacer una lectura por el módico precio de diez dólares.

Cumberland Street está en una zona de la ciudad que mi abuela siempre me dice que debo evitar. Consiste básicamente en un callejón en el que hay una tienda de comestibles en estado ruinoso, con la puerta y las ventanas cubiertas con tablas, y un bar de mala muerte. En la acera hay dos letreros de madera, uno anunciando chupi-

tos a dos dólares antes de las cinco de la tarde, y otro que dice: TAROT, 10\$, 14R.

¿Qué significa 14R? ¿La edad mínima requerida? ¿Una talla de sujetador?

No me gusta dejar mi bici en la calle, porque no puedo asegurarla con un candado —no tengo que hacerlo en la escuela, en la calle Mayor ni en ninguno de los sitios que suelo frecuentar—, de modo que la meto en el portal situado a la izquierda de la entrada del bar y la subo por la escalera, que apesta a cerveza y a sudor. Al llegar arriba veo un pequeño recibidor. Una puerta que pone 14R con una placa que dice: LECTURAS POR SERENITY.

Las paredes del recibidor están tapizadas con un tejido de pana que se cae a pedazos. En el techo florecen unas manchas amarillas, y el ambiente huele a popurrí, un olor demasiado intenso para mi gusto. En un rincón hay una desvencijada mesita apoyada sobre una guía telefónica para que no se caiga. En ella hay un cuenco de cerámica con unas tarjetas de visita: SERENITY JONES, VIDENTE.

En el pequeño recibidor apenas cabemos mi bicicleta y yo. La giro en un semicírculo, tratando de apoyarla contra la pared.

Al otro lado de la puerta interior oigo las voces tenues de dos mujeres. No sé si llamar, para informar a Serenity de que estoy aquí. Entonces pienso que si es una buena profesional, ya debe de saberlo.

Por si acaso, toso. En voz alta.

Con la bici apoyada contra mi cadera, oprimo la oreja contra la puerta.

*Está angustiada porque debe tomar una decisión muy importante.*

Oigo una exclamación ahogada, una segunda voz.

*¿Cómo lo sabe?*

*Tiene serias dudas sobre si lo que decida sea lo que más le conviene.*

De nuevo la otra voz:

*Ha sido muy duro, sin Bert.*

*Ahora está aquí. Y quiere que sepa que debe seguir los dictados de su corazón.*

Se produce una pausa.

*Eso no me suena a Bert.*

*Claro. Es otra persona que vela por usted.*

*¿Mi tía Louise?*

*¡Sí! Dice que usted siempre fue su sobrina preferida.*

No puedo evitarlo; suelto un bufido. *¡Inteligente táctica, Serenity!*, pienso.

Quizá me ha oído reírme, porque la conversación cesa de pronto al otro lado de la puerta. Me acerco más para oír mejor, y al hacerlo tropiezo con mi bici. Cuando trato de recobrar el equilibrio, piso el fular de mi madre, que se ha desenrollado. La bicicleta y yo caemos sobre la mesita, derribando el cuenco, que se estrella contra el suelo.

La puerta se abre bruscamente. Yo alzo la vista desde el suelo, agachada junto a mi bici, mientras trato de recoger los pedazos del cuenco.

—¿Qué pasa aquí?

Serenity Jones es alta, con el pelo de color rosa como algodón de azúcar, recogido en lo alto de la cabeza. Lleva los labios pintados del mismo color que el pelo. Tengo la extraña sensación de que la he visto antes.

—¿Es usted Serenity?

—¿Y tú quién eres?

—¿No debería saberlo?

—Soy clarividente, no omnisciente. Si fuera omnisciente esto sería Park Avenue y yo tendría el dinero en una cuenta en las islas Caimán. —Su voz suena gastada, como un sofá con los muelles rotos. Entonces se fija en los trozos de cerámica que sostengo en la mano—. ¡No me fastidies! ¡Era el cuenco de adivinación de mi abuela!

No tengo ni idea de qué es un cuenco de adivinación. Sólo sé que me he metido en un lío.

—Lo siento. Ha sido sin querer...

—¿Tienes idea de lo antiguo que es ese objeto? ¡Es una reliquia de familia! Da gracias al niño Jesús de que mi abuela no esté viva para contemplar este desastre. —Serenity me arrebató los pedazos de la mano, tratando de juntarlos como por arte de magia.

—Puedo tratar de recomponerlo...

—A menos que seas maga, no creo que lo consigas. Mi madre y

mi abuela deben de estar revolviéndose en sus tumbas, y todo porque tienes el cerebro de un mosquito.

—Si es tan valioso, ¿por qué lo deja en la entrada?

—¿Cómo se te ocurre meter una bicicleta en un espacio del tamaño de un armario?

—Temí que si la dejaba en el pasillo me la robarían —comento, levantándome—. Le pagaré por el cuenco.

—Bonita, el dinero que hayas obtenido vendiendo galletitas de exploradora no cubre el coste de una antigüedad de 1858.

—No vendo galletas de exploradora —le informo—. He venido para que me haga una lectura.

Serenity se queda de piedra.

—No trabajo con menores de edad.

*¿No puede o no quiere?*

—Soy mayor de lo que aparento. —Es verdad. Todo el mundo cree que estoy aún en primaria en vez de segundo de secundaria.

La mujer que estaba dentro, a quien Serenity le hacía una lectura, aparece de pronto en la puerta.

—¿Está bien, Serenity?

La vidente da un traspíe y tropieza con mi bicicleta.

—Perfectamente —responde. Me mira sonriendo con tirantez—. No puedo ayudarte.

—¿Cómo dice? —pregunta la clienta.

—No me refiero a usted, señora Langham —contesta Serenity. Luego se vuelve hacia mí y murmura—: Si no te vas enseguida, llamaré a la policía y te denunciaré.

Puede que la señora Langham no quiera tener tratos con una vidente que maltrata a los niños; quizá no quiera estar presente cuando aparezca la policía. Sea por el motivo que sea, mira a Serenity como si fuera a decir algo, pero al cabo de unos instantes pasa ante nosotras y baja apresuradamente la escalera.

—Genial —murmura Serenity—. Ahora me debes una reliquia de familia de un valor incalculable y los diez dólares que acabo de perder.

—Le pagaré el doble —suelto de sopetón. Tengo sesenta y ocho dólares. Es el dinero que he ganado este año haciendo de canguro, y lo había ahorrado para pagar al investigador privado.

No estoy convencida de que Serenity sea la solución, pero estoy dispuesta a pagar veinte dólares para averiguarlo.

Sus ojos chispean cuando se lo digo.

—Por ti —dice—, haré una excepción. —Abre la puerta del todo, mostrando una sala de estar normal, con un sofá, una mesita de café y un televisor. Se parece a la casa de mi abuela, lo cual resulta un tanto decepcionante. Nada en ella indica que sea la consulta de una vidente—. ¿Tienes algún problema? —pregunta.

—Supongo que esperaba una bola de cristal y una cortina de abalorios.

—Para esas cosas tienes que pagar más.

La miro, porque no estoy segura de si me está tomando el pelo. Serenity se sienta pesadamente en el sofá y me invita a hacerlo en una silla.

—¿Cómo te llamas?

—Jenna Metcalf.

—De acuerdo, Jenna —dice, suspirando—. Acabemos con esto de una vez. —Me entrega un libro y me dice que escriba mi nombre, mi dirección y mi número de teléfono.

—¿Por qué?

—Por si necesito comunicarme contigo más tarde. En caso de que un espíritu tenga un mensaje para ti o algo.

Yo creo que es porque quiere enviarme publicidad ofreciéndome un descuento del veinte por ciento en mi próxima consulta, pero tomo el libro encuadernado en piel y firmo. Las manos me sudan. Ahora que estoy aquí, empiezo a tener dudas sobre mi decisión. El peor escenario posible es que Serenity Jones resulte ser una embaucadora, otro punto muerto en el misterio de mi madre.

No. El peor escenario es que Serenity Jones resulte ser una vidente de gran talento y yo averigüe una de dos cosas: que mi madre me abandonó voluntariamente, o que está muerta.

Serenity empieza a barajar las cartas del tarot.

—Lo que voy a decirte durante esta lectura quizá no tenga sentido para ti en estos momentos. Pero recuerda la información, porque un día quizás oigas algo y comprendas lo que los espíritus trataban de transmitirme hoy. —Lo dice con el tono en que las azafatas de vuelo te explican cómo ponerte y quitarte el cinturón de seguri-

dad de tu asiento. Luego me pasa la baraja de cartas, para que la corte en tres montoncitos—. Bueno, ¿qué quieres saber? ¿Quién está enamorado de ti? ¿Si vas a obtener un sobresaliente en inglés? ¿En qué universidad debes presentar tu solicitud de ingreso?

—Esas cosas no me interesan. —Le devuelvo la baraja, sin cortarla—. Mi madre desapareció hace diez años —digo—. Quiero que me ayude a encontrarla.

Hay un pasaje en los diarios de campo de mi madre, en los que anotaba los hallazgos de sus investigaciones, que conozco de memoria. A veces, cuando me aburro en clase, lo escribo en mi cuaderno, tratando de imitar los bucles de su letra.

Es de la época en que trabajaba en Botsuana, cuando hacía su posdoctorado estudiando el duelo en los elefantes en el Tuli Block, y describe la muerte de un elefante en la sabana. Era la cría de una elefanta de quince años llamada *Kagiso*. Ésta había parido poco después del amanecer, y la cría había nacido muerta o había muerto al poco del alumbramiento. Según las notas de mi madre, no era un hecho insólito en una elefanta que paría por primera vez. Lo insólito fue la reacción de *Kagiso*.

#### MARTES

09.45 *Kagiso está junto a su cría a plena luz del día, en un claro. Le acaricia la cabeza con la trompa. La cría no se ha movido desde las 06.35.*

11.52 *Kagiso amenaza a Aviwe y a Cokisa cuando las otras hembras se acercan a examinar el cuerpo del elefantito.*

15.15 *Kagiso continúa de pie junto al cadáver. Toca al pequeño con su trompa. Trata de levantarlo.*

#### MIÉRCOLES

06.36 *Estoy preocupada por Kagiso, que no se ha acercado a la charca a beber.*

10.42 *Kagiso arroja con las patas unas hojas sobre el cadáver de su cría. Parte unas ramas para cubrirla con ellas.*

15.46 *Hace un calor bestial. Kagiso se acerca a la charca y regresa para permanecer junto a su cría.*

## JUEVES

06.56 *Se acercan tres leonas, que se disponen a dar cuenta de los restos del elefantito. Kagiso las ataca, y las leonas huyen hacia el este. Kagiso se coloca junto al cadáver de su cría, barritando.*

08.20 *La elefanta sigue barritando.*

11.13 *Kagiso no se separa del cadáver de su cría.*

21.02 *Las tres leonas devoran los restos de la cría. Kagiso ha desaparecido.*

Al final de la página, mi madre había escrito esto:

*Kagiso abandona el cadáver de su cría después de velarlo durante tres días.*

*Existen numerosos estudios documentados sobre el hecho de que un elefante de menos de dos años no sobrevive si se queda huérfano.*

*Todavía no hay nada publicado sobre lo que le sucede a una madre que pierde a su cría.*

Por la época en que mi madre escribió esto, no sabía que estaba embarazada de mí.

—No hago lecturas sobre personas desaparecidas —afirma Serenity, con un tono que no admite réplica.

—No trabaja con niños, no trabaja con personas desaparecidas ...

—digo, enumerando las negativas de la vidente con los dedos—. ¿Qué hace exactamente?

Ella me mira achicando los ojos.

—¿Quieres que te ayude a alinearte con tu energía? No hay problema. ¿Una consulta de tarot? De acuerdo. ¿Comunicarte con alguien que ha muerto? Aquí me tienes. —Se inclina hacia delante para darme a entender con toda claridad que he topado con un muro de ladrillo—. Pero no me dedico a personas desaparecidas.

—Es una vidente.

—Existen distintos videntes y distintas técnicas —responde—. Precognición, lectura del aura, espíritus canalizadores, telepatía. El mero hecho de conocerlas no significa que las domine.



—Mi madre desapareció hace diez años —continúo, como si Serenity no hubiera dicho nada. Me pregunto si debo contarle que una elefanta pateó a una empleada de la reserva, o el hecho de que trasladaran a mi madre al hospital, pero decido no hacerlo. No quiero facilitarle las respuestas—. Yo tenía tres.

—La mayoría de las personas desaparecen porque quieren —asevera Serenity.

—Pero no todas —replico—. Ella no me abandonó. Estoy segura. —Después de dudar unos instantes, me quito el fular de mi madre y se lo ofrezco—. Era de ella. Quizá la ayude a...

Serenity ni siquiera lo toca.

—No he dicho que no *pueda* encontrarla. He dicho que *me niego* a hacerlo.

De todas las formas en que imaginé que se desarrollaría este encuentro, ésta no era una de ellas.

—¿Por qué? —pregunto, sorprendida—. ¿Por qué no quiere ayudarme si puede hacerlo?

—¡Porque no soy la Madre Teresa! —me espeta. Se ha puesto roja como un tomate; me pregunto si ha visto su inminente muerte provocada por una subida de tensión—. Disculpa —dice, y desaparece por un pasillo. Al cabo de un momento, oigo el chorro de un grifo.

Pasan cinco minutos. Diez. Me levanto y empiezo a pasearme por la sala de estar. En la repisa de la chimenea hay unas fotos de Serenity con George y Barbara Bush, con Cher, con el tipo de *Zoolander*. No lo entiendo. ¿Por qué una persona que se codea con celebridades se gana la vida haciendo lecturas por diez dólares en el Este de Ningún Sitio, en Nueva Hampshire?

Cuando oigo la cadena del retrete, me apresuro a sentarme de nuevo en el sofá, como si no me hubiera movido de allí. Serenity regresa habiendo recobrado la compostura. Su flequillo de color rosa está húmedo, como si se hubiera lavado la cara.

—Hoy no voy a cobrarte por el tiempo que te he dedicado —me comunica, y yo suelto un bufido—. Lamento sinceramente lo de tu madre. Quizás otra persona pueda decirte lo que deseas oír.

—¿Como quién?

—No tengo la menor idea. Los videntes no solemos reunirnos

en el Café Paranormal los miércoles por la noche. —Serenity se acerca a la puerta y la abre, invitándome a marcharme—. Si me entero de alguien que se dedica a estas cosas, me pondré en contacto contigo.

Sospecho que es mentira, que lo dice para echarme de su sala de estar. Salgo al recibidor y tomo mi bici, que está en el suelo.

—Aunque no quiera ayudarme a encontrar a mi madre —digo—, ¿puede decirme al menos si está muerta?

No puedo creer que haya preguntado eso hasta que las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotras, como cortinas que nos impiden vernos con claridad. Durante unos segundos se me ocurre coger mi bici y salir corriendo antes de oír su respuesta.

Serenity se estremece como si yo hubiera disparado contra ella con una pistola eléctrica.

—No está muerta.

Cuando cierra la puerta en mis narices, me pregunto si esto también es mentira.

En lugar de regresar a casa, me dirijo en bicicleta hacia las afueras de Boone y tomo por un camino de tierra de casi cinco kilómetros que conduce a la entrada del Parque Natural Stark, así llamado por el general de la Guerra de Independencia que acuñó el lema del estado: «Vive en libertad o muere». Pero hace diez años, antes de que se convirtiera en el Parque Natural Stark, era la Reserva de Elefantes de Nueva Inglaterra, fundada por mi padre, Thomas Metcalf. En aquel entonces la reserva ocupaba más de ochocientas hectáreas, con un perímetro de ochenta hectáreas entre la reserva y la residencia particular más cercana. Ahora, más de la mitad del terreno ha sido destinado a un centro comercial, un Costco, y una urbanización. El resto sigue siendo una zona protegida por el Estado.

Aparco mi bicicleta y camino veinte minutos. Paso frente al bosque de abedules y el lago, ahora descuidado y cubierto de hierbajos, donde las elefantas acudían todos los días a beber. Por fin llego a mi lugar favorito, a los pies de un gigantesco roble con los brazos retorcidos como una bruja. Aunque en esta época gran par-

te del bosque está sembrado de musgo y helechos, el suelo a los pies de este árbol siempre ha estado tapizado por unos hongos de color violeta vivo. Es un paraje donde les gustaría vivir a las hadas, si existieran.

Los hongos se llaman *Laccaria amethystina*. Lo miré en Internet. Supuse que era lo que habría hecho mi madre, si los hubiera visto.

Me siento entre los hongos. Temo que al hacerlo aplaste sus sombreros, pero éstos ceden ante mi peso. Acaricio la parte inferior de uno, con sus estrías como pliegues de acordeón. Tiene un tacto aterciopelado y al mismo tiempo musculoso, como la punta de la trompa de un elefante.

Éste era el lugar donde *Maura* había enterrado a su cría, el único elefante que había nacido en la reserva. Yo era demasiado pequeña para acordarme, pero lo he leído en los diarios de mi madre. *Maura* llegó a la reserva preñada, aunque el zoológico que la había enviado no lo sabía. La elefanta parió casi quince meses después de llegar aquí, y el elefantito nació muerto. *Maura* lo transportó hasta los pies del roble y lo cubrió con ramas y agujas de pino. La primavera siguiente florecieron allí unos maravillosos hongos de color violeta, donde los restos del pequeño elefante habían sido enterrados por los empleados de la reserva.

Saco mi teléfono móvil del bolsillo. Lo único positivo de haber vendido la mitad de los terrenos de la reserva es que han construido una gigantesca torre repetidora no lejos de donde me encuentro, y el servicio probablemente es mejor aquí que en el resto de Nueva Hampshire. Abro un navegador y tecleo: «Serenity Jones vidente».

Lo primero que leo sobre ella es la entrada en Wikipedia. *Serenity Jones (nacida el 1 de noviembre de 1966), es una vidente y médium estadounidense. Ha aparecido en numerosas ocasiones en Good Morning America, y tenía su propio programa televisivo, llamado ¡Serenity!, en el que hacía lecturas improvisadas para el público y también lecturas individualizadas para algunos asistentes, aunque su especialidad eran los casos de personas desaparecidas.*

¿Los casos de personas desaparecidas? ¿Es una broma?

*Colaboró con varios departamentos de policía y el FBI, y afirma-*

*ba haber acertado en el ochenta y ocho por ciento de los casos. Sin embargo, su errónea predicción sobre el secuestro del hijo del senador John McCoy fue ampliamente difundida por los medios y la familia presentó cargos contra ella. Jones no ha vuelto a aparecer en público desde 2007.*

¿Es posible que una célebre médium —por más que hubiera caído en la deshonra— desapareciera de la faz de la Tierra y reapareciera al cabo de una década cerca de Boone, Nueva Hampshire? Por supuesto. Si alguien busca un lugar donde vivir discretamente, sin llamar la atención, éste es mi ciudad natal, donde lo más emocionante que ocurre a lo largo del año es el torneo de Bingo de Boñigas de Vaca que se celebra el Cuatro de Julio.

Leo una lista de las predicciones públicas de Serenity.

*En 1999, Jones dijo a Thea Katanopoulis que su hijo Adam, que había desaparecido hacía siete años, estaba vivo. En 2001 Adam fue localizado, trabajando a bordo de un buque de la marina mercante frente a las costas de África.*

*Jones predijo acertadamente la absolución de O.J. Simpson y el gran terremoto de 1989.*

*En 1998, Jones dijo que las siguientes elecciones presidenciales serían postergadas. Aunque las elecciones de 2000 se celebraron cuando estaba establecido, los resultados oficiales no fueron publicados hasta al cabo de treinta y seis días.*

*En 1998, Jones dijo a la madre de Kerry Rashid, una estudiante universitaria que había desaparecido, que su hija había muerto apuñalada y que las pruebas de ADN exonerarían al hombre que sería acusado del crimen. En 2004, Orlando Ickes fue puesto en libertad como consecuencia del Innocence Project y su antiguo compañero de cuarto fue acusado del crimen.*

*En 2001, Jones dijo a la policía que encontrarían el cadáver de Chandra Levy en una zona densamente arbolada, en una pendiente. Al año siguiente fue localizada en Rock Creek Park, Maryland, en una empinada cuesta. Asimismo predijo que Thomas Quintanos IV, un bombero neoyorquino que había sido declarado muerto a raíz del atentado del 11 de septiembre contra las Torres Gemelas estaba vivo, y cinco días más tarde fue rescatado entre los escombros.*

*En 2001, en su programa televisivo, Jones condujo a la policía, en*

*directo, a Pensacola, Florida, a casa del cartero Earlen O' Doule, donde descubrieron un cuarto secreto en el sótano y hallaron a Justine Fawker, a la que creían muerta, una joven que había sido secuestrada hacía ocho años, cuando tenía once.*

*En 2003, en su programa televisivo, Jones informó al senador John McCoy y a su esposa de que su hijo, que había sido secuestrado, estaba vivo y se encontraba en una terminal de autocares en Ocala, Florida. La policía localizó allí los restos del chico, en estado de descomposición.*

A partir de entonces, las cosas habían ido de mal en peor para Serenity Jones.

*En diciembre de 2003, Jones dijo a la viuda de un miembro de las fuerzas especiales Navy SEAL que daría a luz un varón sano y robusto. Catorce días más tarde la mujer sufrió un aborto y perdió la criatura.*

*En enero de 2004, Jones dijo a Yolanda Rawls de Orem, Utah, que a su hija, Velvet, de cinco años, que había desaparecido, le habían lavado el cerebro y vivía con una familia de mormones, desencadenando una ola de protestas en Salt Lake City. Seis meses más tarde el compañero de Yolanda confesó haber asesinado a la niña y condujo a la policía a la fosa donde había enterrado el cadáver, cerca del vertedero local.*

*En febrero de 2004, Jones predijo que hallarían los restos de Jimmy Hoffa en los muros de cemento de un sótano antiaéreo construido por la familia Rockefeller en Woodstock, Vermont. Su predicción resultó ser falsa.*

*En marzo de 2004, Jones afirmó que Audrey Seiler, una estudiante de la Universidad de Wisconsin-Madison que había desaparecido, había sido víctima de un asesino en serie y que hallarían un cuchillo con muestras de su ADN. La policía descubrió que Seiler había fingido su secuestro con el propósito de llamar la atención de su novio.*

*En mayo de 2007, Jones predijo que Madeleine McCann, la niña que había desaparecido cuando estaba de vacaciones con sus padres en Portugal, sería hallada en agosto. El caso sigue sin resolverse.*

Desde entonces Jones no ha hecho ninguna predicción pública. Por lo visto, la que desapareció fue ella.

No es de extrañar que no «trabaje con niños».

De acuerdo, cometió un error garrafal en público con el caso McCoy, pero cabe decir en su defensa que acertó a medias: encontraron al chico, aunque no estaba vivo. Fue mala suerte que, después de una larga lista de éxitos, su primer fracaso fuera el hijo de un político superfamoso.

Hay fotos de Serenity en la fiesta de los Grammys con Snoop Dogg y en la Cena de los Corresponsales de Prensa en la Casa Blanca con George W. Bush. Hay otra fotografía de ella en la sección de Árbitro de la Moda en *US Weekly*, luciendo un vestido adornado con unos lacitos de seda cosidos sobre las tetas.

Hago clic en el icono de YouTube y tecleo el nombre de Serenity y el senador. Al cabo de unos instantes aparece un vídeo mostrando a Serenity en un plató de un programa televisivo, con su peinado semejante a una bola de helado rosa, luciendo un traje pantalón rosa un par de tonos más oscuro. Frente a ella, en un sofá de color púrpura, está sentado el senador McCoy, un tipo con un maxilar que podría utilizarse para calcular ángulos rectos, y unas pocas canas plateadas, perfectas, en las sienas. Su esposa está sentada junto a él, sosteniendo su mano.

No estoy muy puesta en política, pero en el colegio estudiamos al senador McCoy como ejemplo de político fracasado. Se había preparado para presentarse como candidato a las presidenciales, frecuentaba a los Kennedy en Hyannisport y había pronunciado un importante discurso sentando las bases de su programa en la Convención Demócrata Nacional. Pero su hijo de siete años fue raptado del patio de recreo de su escuela privada.

En el vídeo, Serenity se inclina hacia el político y dice: «Senador McCoy, tengo una *visión*».

La cámara enfoca a un coro de góspel en el plató. «¡Una visión!», cantan a modo de acompañamiento musical.

«Una visión de su hijito... —Serenity hace una pausa—. Sano y salvo.»

La esposa del senador se abraza a su marido y rompe a llorar.

Me pregunto si Serenity eligió al senador aposta; si había tenido realmente una visión del niño o sólo quería provocar un bombazo en los medios de comunicación.

A continuación el vídeo muestra la terminal de autocares en

Ocala. Vemos a Serenity entrando en el edificio junto con los McCoy, dirigiéndose como en un trance zombi hacia unas taquillas junto a los lavabos de hombres. Vemos a la esposa del senador McCoy gritar: «¿Henry?», mientras Serenity dice a un policía que abra la taquilla número 341. Allí hay una maleta manchada, que el policía saca de la taquilla, mientras los demás se apartan apresuradamente debido al hedor que emana del cadáver metido en ella.

Durante unos momentos, la cámara se pone a girar de un lado a otro y las escenas son borrosas. Al cabo de unos instantes el cámara recobra la serenidad y nos muestra a Serenity vomitando, a Ginny McCoy desmayada y al senador McCoy, el niño bonito del Partido Demócrata, gritando al cámara que deje de filmar y asesándole un puñetazo porque éste no le hace caso.

Serenity Jones no sólo ha caído en desgracia, sino que se ha estrellado y quemado. Los McCoy se querellaron contra ella, aunque las partes llegaron a un acuerdo. Posteriormente el senador McCoy fue arrestado en dos ocasiones por conducir bebido, dimitió de su cargo en el Senado y se recluyó en un centro para curarse de su «agotamiento nervioso». Su esposa murió un año más tarde a causa de una sobredosis de somníferos. Y Serenity pasó a ser, discreta y rápidamente, invisible.

La mujer que había cometido un fallo espectacular con los McCoy era la misma mujer que había localizado a docenas de jóvenes que habían desaparecido. También era la Serenity Jones que ahora residía en el sector más sórdido de la ciudad y no tenía un centavo. Pero ¿había perdido su habilidad de encontrar a personas desaparecidas, o había sido siempre un montaje? ¿Era realmente una médium o simplemente había tenido suerte?

Yo creo que el talento paranormal es como montar en bicicleta. Basta con volver a intentarlo para recuperar esa capacidad.

De modo que, aunque estoy segura de que Serenity Jones no quiere volver a verme por su casa, también sé que encontrar a mi madre es justamente el incentivo que necesita.